

La ciencia es la más inquisitiva de las actividades,
pero también la más confiada.
Es intensamente escéptica acerca de la posibilidad de error,
pero totalmente confiada ante la posibilidad de fraude.

ARNOLD RELMAN

Brian Deer no era un desconocido en el mundo del periodismo de investigación. Durante años se había dedicado a investigar fraudes médicos y su trabajo en el *Sunday Times* era reconocido como serio y metódico. El año 2004, Deer viajó desde Inglaterra a un congreso sobre autismo en EE.UU. Su objetivo era entrevistar al médico Andrew Wakefield, central para el reportaje que estaba preparando. Durante una pausa en el salón donde se efectuaban las ponencias, Wakefield conversaba con un colega cuando Deer, acompañado de un camarógrafo, se le acercó y le dijo: «Doctor Wakefield, siento interrumpirlo. Soy Brian Deer. ¿Podemos conversar sobre su investigación y sus ambiciones comerciales?». Andrew Wakefield miró sorprendido a la cámara, tapó el lente con su mano derecha y salió corriendo.

La investigación que Brian Deer perseguía en ese momento es reconocida hoy como el fraude médico más dañino de toda la historia, revelando una compleja trama cuyo objetivo era el enriquecimiento personal y que en el camino vulneró la dignidad de doce niños y sus familias. ¿De qué se trataba?

En 1998, la prestigiosa revista *The Lancet* publicó un estudio preliminar de un grupo de investigadores que sostenían que la vacuna triple vírica —contra el sarampión, paperas y

rubéola— podía causar un cuadro neurológico regresivo del comportamiento, el que era acompañado de diarrea, y fue bautizado por ellos como enterocolitis autística. De manera inusual para un estudio de esta naturaleza, su divulgación fue precedida por una conferencia de prensa realizada en el Hospital Royal Free de Londres, donde trabajaban los responsables de la investigación. Como era de suponer, el estudio conmocionó profundamente los sistemas de salud de todo el mundo.

La vacuna que atacaban los investigadores —que se aplica antes de los dos años, con una posterior dosis como refuerzo— había sido desarrollada en la década de los setenta por Maurice Hilleman y con los años se convirtió en una de las más usadas alrededor del mundo, con cerca de 500 millones de dosis aplicadas desde su creación. Los investigadores, pues, prepararon un video en el cual el autor principal, el doctor Andrew Wakefield, sostenía que si bien las vacunas eran necesarias, la evidencia que tenían mostraba que la sobrecarga del sistema inmune con esta vacuna triple podía desencadenar los síntomas ya descritos. Consideraban que la actual vacuna podía resultar peligrosa y que lo más razonable, decían, era crear una nueva vacuna en su reemplazo.

El estudio levantó un grito de alerta y sus conclusiones llamaron tanto la atención como su metodología: en los doce casos analizados, los padres de los niños mencionaban que los síntomas habían aparecido a menos de dos semanas de la aplicación de la vacuna triple vírica. Esta simple correlación representaba para muchos una causalidad: como la vacuna se aplicó poco antes de la aparición de los síntomas, *ergo*, la vacuna causaba estos síntomas.

El remezón de esta noticia causó una suerte de histeria colectiva y las tasas de vacunación cayeron rápidamente en

Inglaterra e Irlanda lo que, a su vez, produjo brotes letales de sarampión. El sistema de salud no lograba congeniar este potencial peligro descrito por Wakefield con el llamado a vacunar a los niños. Pronto estudios de mayor escala se iniciaron para confirmar o descartar las conclusiones que los tenían en vilo. No pasó mucho tiempo para que la nueva evidencia —que analizó a cientos de miles de niños— pusiera en entredicho las conclusiones de Wakefield. Los números no calzaban y todo vínculo con efectos nocivos se descartaba en las nuevas investigaciones. ¿Qué ocurría?

En septiembre de 2003, Brian Deer se interesó en el caso y contactó a la madre de uno de los niños —identificado como el niño #2 del estudio—, que era quien presentaba los síntomas más característicos de los descritos por Wakefield. Al poco andar, la madre comentó a Deer que una asociación antivacunas de Inglaterra, JABS, le recomendó contactar al doctor Wakefield, quien se encontraba recolectando evidencias que le permitieran demandar a los fabricantes de la vacuna por haber causado daño neurológico en sus hijos. Sería una demanda conjunta que agrupaba a más de 1.500 familias representadas por el abogado Richard Barr. La madre también le dijo a Deer que los primeros síntomas en su hijo —movimiento repetitivo de la cabeza y gritos sin causa aparente— habían aparecido a los seis meses de recibida la vacuna triple vírica. Deer notó que algo no iba bien, ya que esto no calzaba con lo descrito por Wakefield en su investigación ni en su conferencia de prensa, donde se mencionaba que el niño #2 presentó los síntomas a solo dos semanas de vacunado. Debía seguir investigando.

Deer solicitó una entrevista a John Walker-Smith, un reputado gastroenterólogo y coautor del trabajo de Wakefield. Allí le preguntó su opinión sobre la discrepancia que había

entre el relato de la madre y lo descrito en su trabajo. La conclusión de Walker-Smith fue que o la madre les describió mal el caso de su propio hijo o bien el trabajo tenía un error. ¿Un error así, tan a la ligera?

Deer se reunió entonces con el padre del niño #11, quien con sorpresa leyó el trabajo publicado en *The Lancet*, donde vio que aparecía el caso de su hijo sin que él hubiera dado su consentimiento. Era verdad, dijo, que originalmente fue contactado y que viajó de EE.UU. a Londres como parte de un estudio que pretendía reunir evidencias sobre los peligros de las vacunas, pero jamás se le comentó que los resultados serían publicados. Tampoco sabía, hasta que lo leyó en la prensa, que se preparaba una demanda contra el laboratorio SmithKline Beecham (actualmente GSK), para la cual el abogado Barr había contratado a Wakefield como asesor (luego se supo que este contrato implicaba un pago de honorarios de 150 libras la hora, con lo cual Wakefield multiplicaba por ocho su salario anual y el que cobraba a través de una empresa de prestación de servicios médicos en la que participaba también su esposa).

Así, el niño #11 se convertiría en la pieza clave del puzle cuando su padre, revisando los datos publicados, le dijo simplemente a Deer: «Esto no es verdad». ¿Qué cosa no era verdad? Un elemento clave del estudio: el tiempo de aparición de los síntomas.

Según lo publicado en *The Lancet*, los síntomas del niño #11 aparecieron dos meses antes de lo que decía su historial médico. Pero lo más increíble era que estos, incluso, se manifestaron ¡un mes antes de recibir la vacuna triple!

Deer continuó su investigación y entrevistándose con los padres. Pronto descubriría un nuevo dato revelador: un año antes de publicarse el trabajo, Wakefield había solicitado

la patente para una nueva vacuna contra el sarampión y un tratamiento para la enterocolitis autística. Pero eso no era todo: la revisión de las fichas clínicas también aportaba un dato significativo. De los doce niños del estudio que habían sido diagnosticados con autismo, solo uno cumplía ese perfil. Los restantes presentaban condiciones relativas, más bien, a trastornos del aprendizaje. Además, enrareciendo aún más el ambiente que respiraba Deer, todos los niños provenían de familias que participaban de grupos antivacunas y la mayoría se conocía entre sí. Por si fuera poco, Deer descubrió también que no hubo un consentimiento informado en la realización de colonoscopías, punciones lumbares y otros ensayos practicados en los menores, ni tampoco autorización para usar sus datos en el estudio publicado. Poco a poco, todo comenzaba a calzar.

El artículo de Brian Deer, que desnudó las discrepancias entre lo publicado y los datos de las fichas clínicas y evidenció el flagrante conflicto de interés no informado por Wakefield, detonó una enorme investigación por parte del Consejo General de Medicina del Reino Unido. Sus conclusiones fueron que Wakefield falsificó los datos del estudio, engañó a sus colegas y a los padres de los niños y cometió «actos crueles, deshonestos y despreciables». El 24 de mayo de 2010 este Consejo revocó la licencia de Andrew Wakefield, quien huyó a EE.UU. El daño, sin embargo, ya estaba hecho.

En Estados Unidos, créanlo o no, Wakefield fue recibido con los brazos abiertos por los grupos antivacunas, convirtiéndolo en una suerte de guía espiritual de un movimiento que día a día crece en ese país y que, entre sus promotores, destacan actores de Hollywood y una exconejita Playboy.

Imagino que aquello de escuchar lo que dice el doctor cuando de salud se trata no es más que una tradición del pasado.